

UN LARGO CAMINO

Textos e ilustraciones
Beatriz Eugenia Vallejo



UN LARGO CAMINO

Beatriz Eugenia Vallejo Franco
Autora e ilustradora

Paula Andrea Ila y el equipo de enfoque Niños, Niñas y Adolescentes
Apoyo y revisión
Centro Nacional de Memoria Histórica

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Gonzalo Sánchez Gómez
Director General

María Emma Wills Obregón
Asesora de la Dirección General - Área de Pedagogía

Paula Andrea Ila
Asesora de la Dirección General - Enfoque Niños, Niñas y Adolescentes

AGENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS PARA EL DESARROLLO INTERNACIONAL (USAID)

Peter Natiello
Director, Misión en Colombia

John Allelo
Director de la Oficina de Poblaciones Vulnerables

Ángela Suárez
Gerente del Programa de Fortalecimiento Institucional para las Víctimas

ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL PARA LAS MIGRACIONES (OIM)

Alejandro Guidi
Jefe de Misión, Colombia

Camilo Leguizamo
Coordinador del Programa de Fortalecimiento Institucional para las Víctimas

Kathleen Kerr
Jefe de Misión Adjunta, Colombia

María Ángela Mejía
Gerente de Justicia Transicional

Fernando Calado
Director de Programas

Este texto se hizo posible gracias a la generosa donación de textos e ilustraciones correspondientes al cuento Un largo Camino que Beatriz Eugenia Vallejo hizo al Centro Nacional de Memoria Histórica. Los derechos patrimoniales y de autor son propiedad de la autora.

Esta publicación fue posible gracias al apoyo del gobierno de Estados Unidos de América a través de su Agencia para el Desarrollo Internacional (USAID). Sus contenidos son responsabilidad de sus autores y no necesariamente reflejan las opiniones de USAID, del Gobierno de Estados Unidos de América o de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM).

UN LARGO CAMINO

ISBN Obra completa: 978-958-8944-13-5

ISBN Volumen: 978-958-8944-17-3

Primera edición: junio de 2016.

Número de páginas: 56

Formato: 16 x 23 cm

Coordinación Grupo de Comunicaciones:

Adriana Correa Mazuera

Edición y corrección de estilo:

Martha Josefina Espejo

Diseño y diagramación:

Andrea Leal Villarreal

Ilustraciones:

© Beatriz Eugenia Vallejo Franco

Impresión:

Digitos y diseños

© Centro Nacional de Memoria Histórica

Carrera 6 N° 35 - 29

PBX: (571) 796 5060

comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Bogotá D.C. - Colombia

© Beatriz Eugenia Vallejo Franco

Impreso en Colombia. Printed in Colombia

Queda hecho el depósito legal.

Cómo citar:

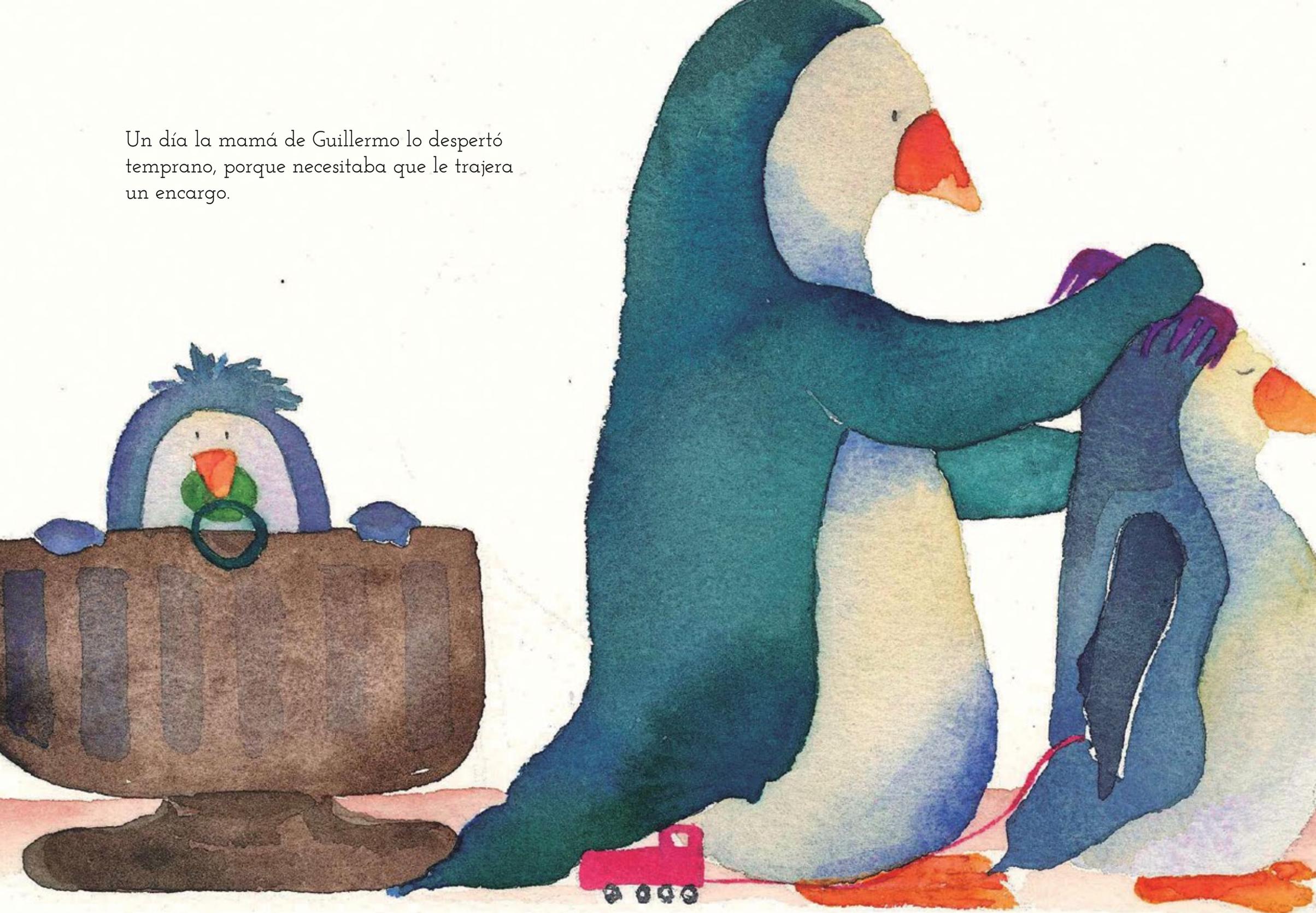
Vallejo Franco, Beatriz Eugenia (2016), *Un largo camino*, Bogotá, CNMH.

Este informe es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente y/o en cualquier caso, se disponga la autorización del titular de los derechos patrimoniales de esta publicación.

Guillermo era un pingüino que vivía en un pueblo situado muy al sur, casi en la puntica del mundo. Siempre estaba feliz, porque allí podía jugar en el hielo y nadar con sus amigos.



Un día la mamá de Guillermo lo despertó temprano, porque necesitaba que le trajera un encargo.

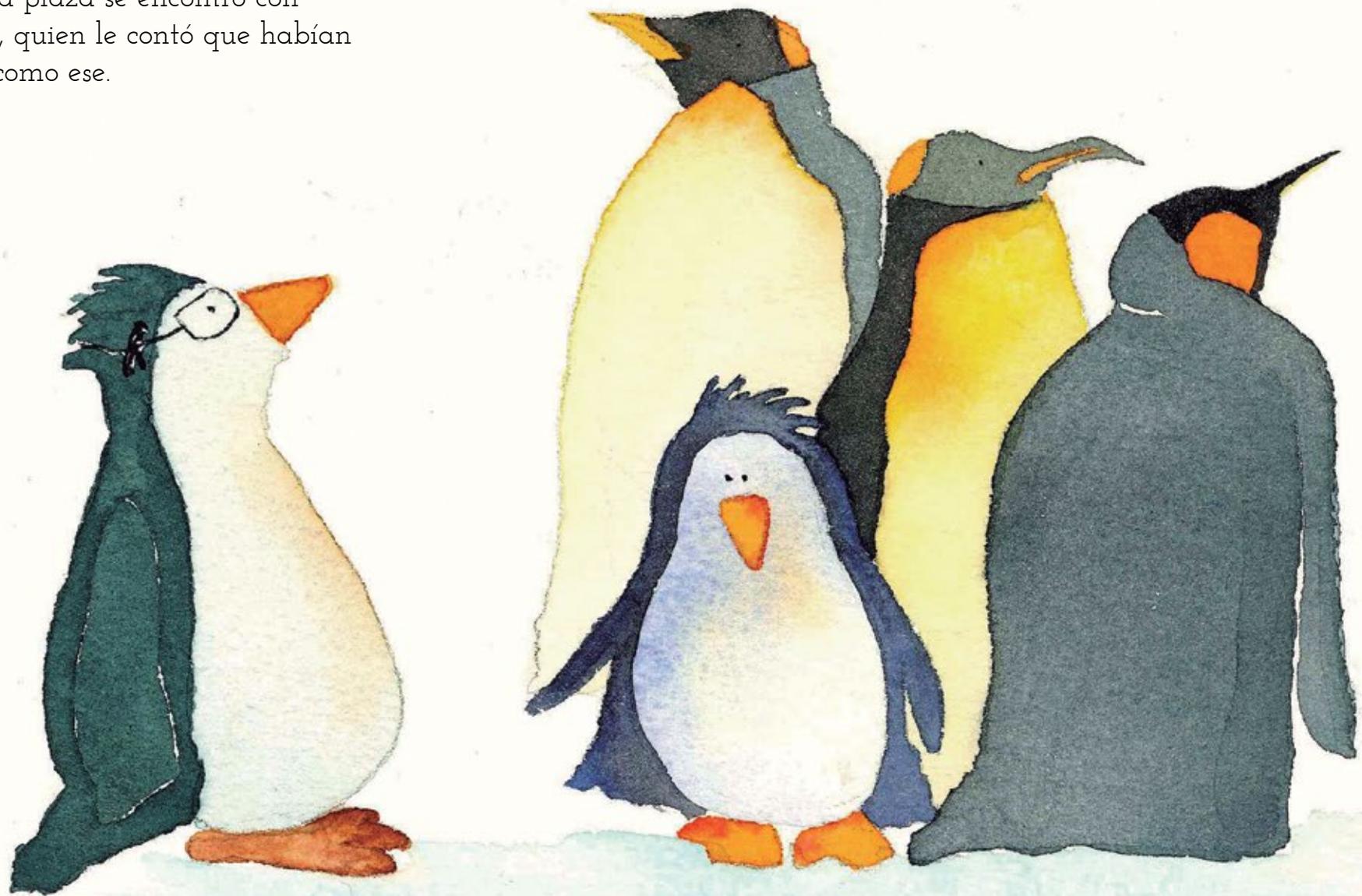


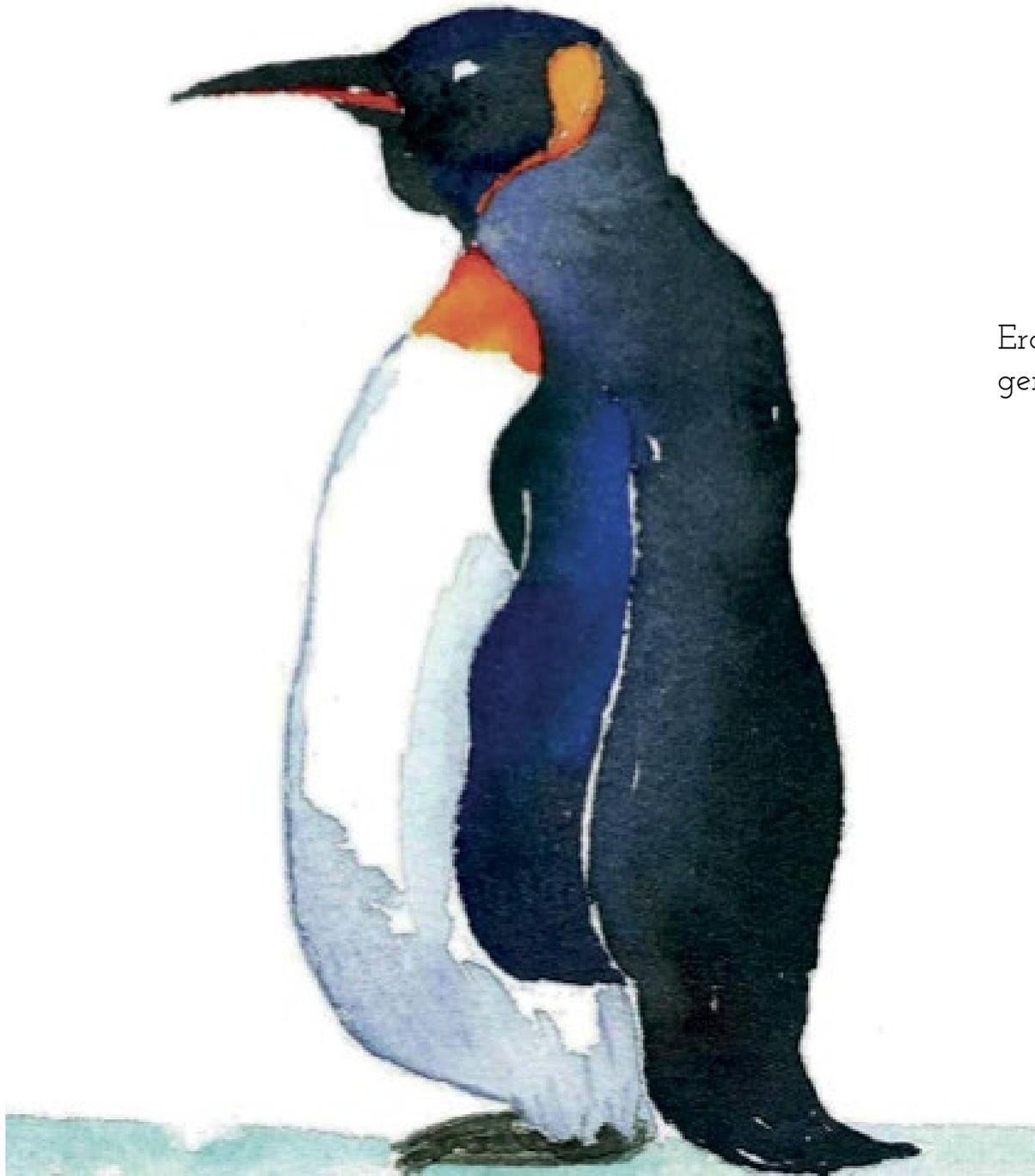
Iba deslizándose por una colina cuando de pronto vio a un animal muy extraño. Se fijó con atención y se dio cuenta de que tenía pico, de que tenía alas, de que jera también un pingüino! Pero, definitivamente, era diferente a todos sus conocidos.



Cuando llegó a la plaza se encontró con Mario, su vecino, quien le contó que habían llegado muchos como ese.

Mario estaba preocupado. Esos pingüinos eran enormes y ni siquiera se dignaban a mirarlos.



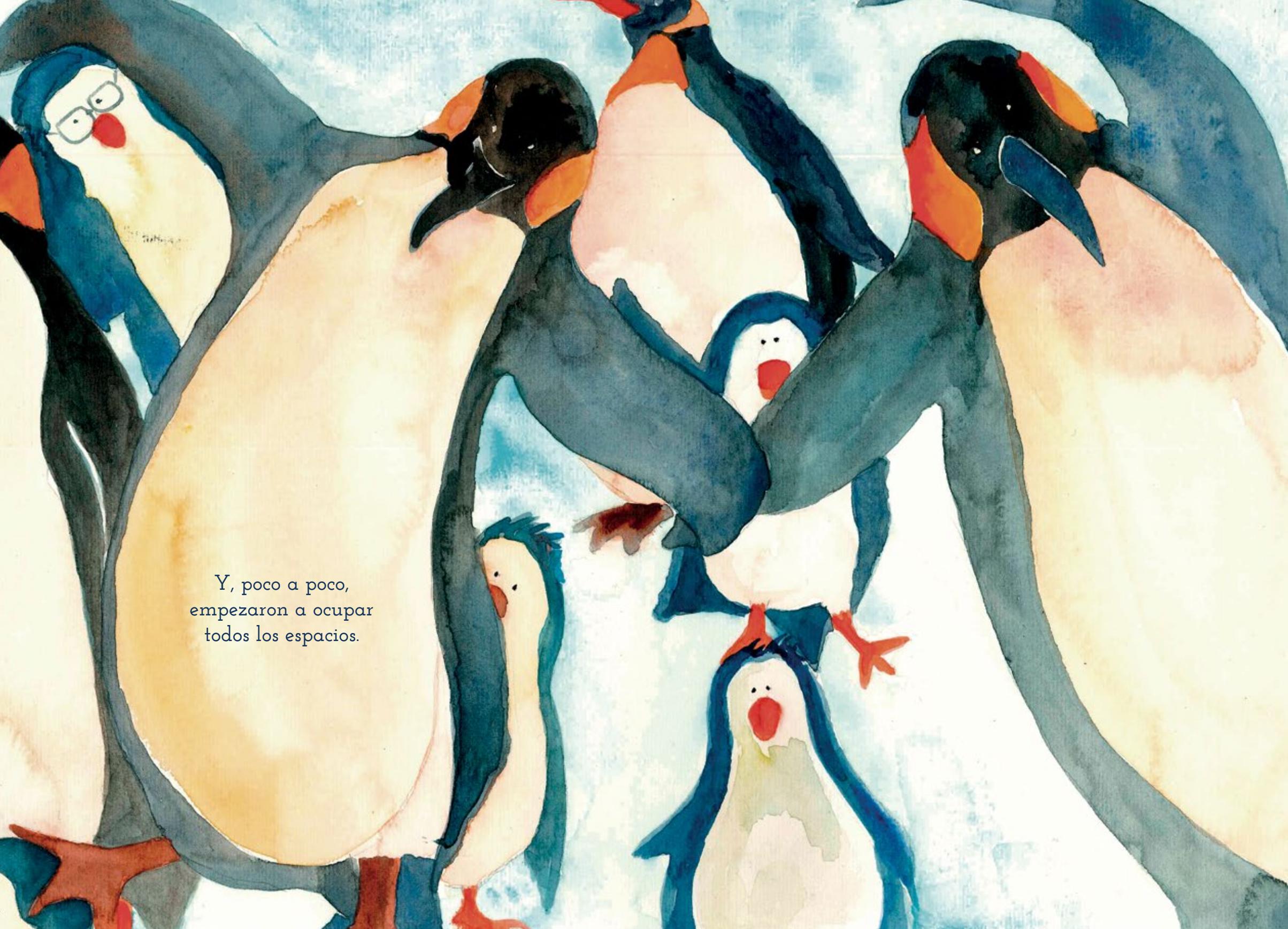


Era raro para Guillermo ver tanta gente desconocida en las calles.

Mario y Guillermo
les oyeron decir
a los pingüinos
que acababan
de llegar que se
iban a quedar
para siempre allí,
porque la región
era preciosa.



Pero no eran amigables
e intentaban quitarles la
comida a los demás.



Y, poco a poco,
empezaron a ocupar
todos los espacios.

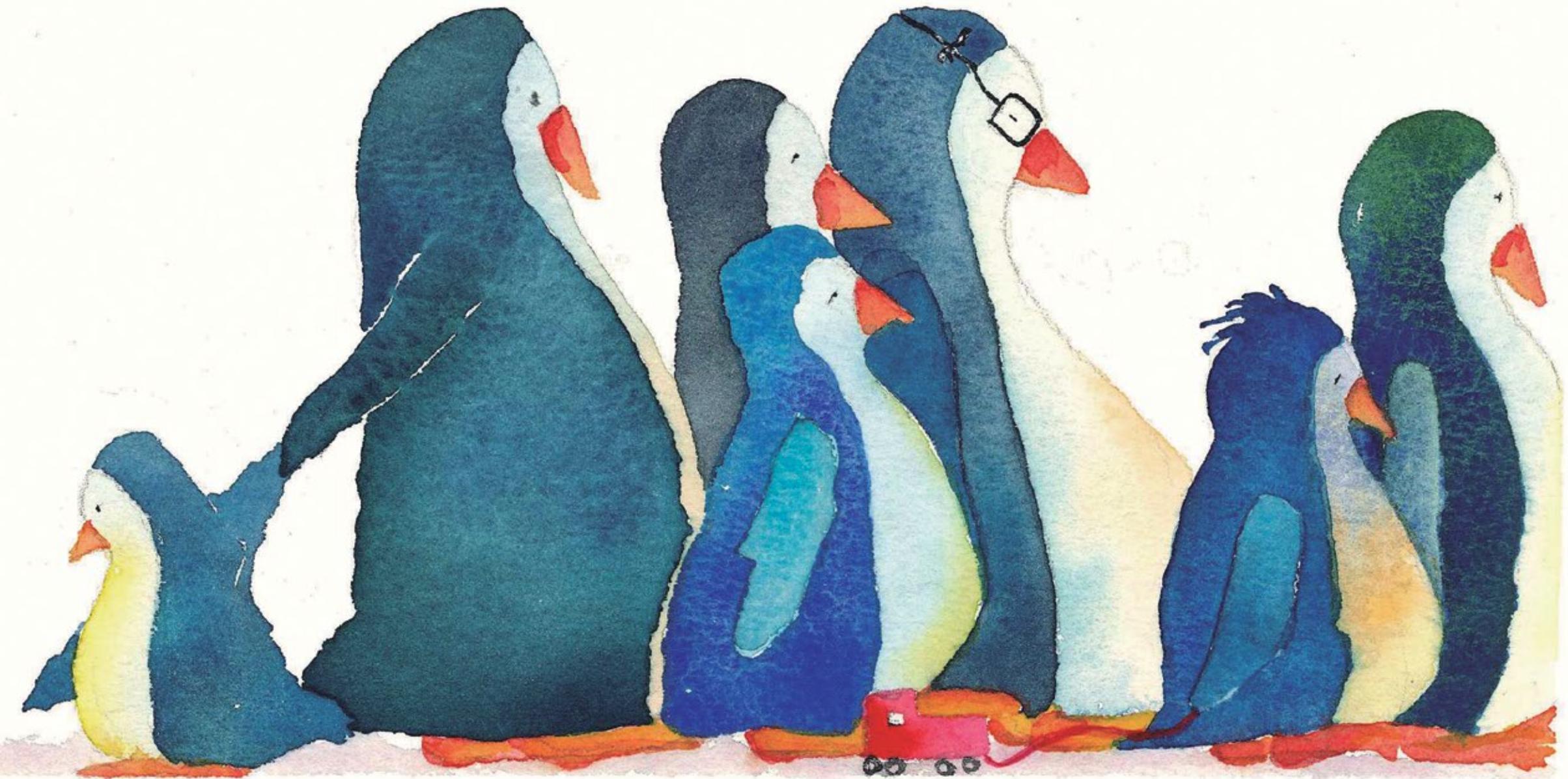


Guillermo, Mario, sus familiares y amigos se sentían angustiados. Se reunieron y comentaron que no querían vivir así, luchando por los alimentos y sintiendo que su pueblo ya no era un lugar agradable, donde todos se ayudaban.

Intentaron hablar con los nuevos habitantes, pero ellos no les dirigieron la palabra, así que trataron de sacarlos de allí.

Sin embargo éstos eran muy grandes y se resistieron a irse. Al final Guillermo y sus parientes decidieron buscar un nuevo hogar.

Y a pesar de que él también pensaba que era lo mejor, se sentía triste. No sabía qué iba a encontrar. Definitivamente necesitaba un abrazo.





Al otro lado del mundo vivía Ana,
una osita de color café.

Ella adoraba su vida en el norte
y sus ratos preferidos eran los
que pasaba con su mamá junto
al río, viendo el agua que corría
haciendo mucho ruido.



Una tarde que Ana venía distraída
pasó a su lado algo rarísimo. Era peludo,
como ella, con la nariz negra y las patas
fuertes, pero a Ana le costaba trabajo
creer que era un oso.



La historia del pueblo de Guillermo se repetía aquí, en el lado opuesto del mundo. Y estos osos, si se quiere, eran peores que los pingüinos que habían llegado al pueblo de Guillermo porque eran tan amenazadores que hacían que los amigos de Ana se sintieran asustados todo el tiempo. Luchaban igualmente por la comida...



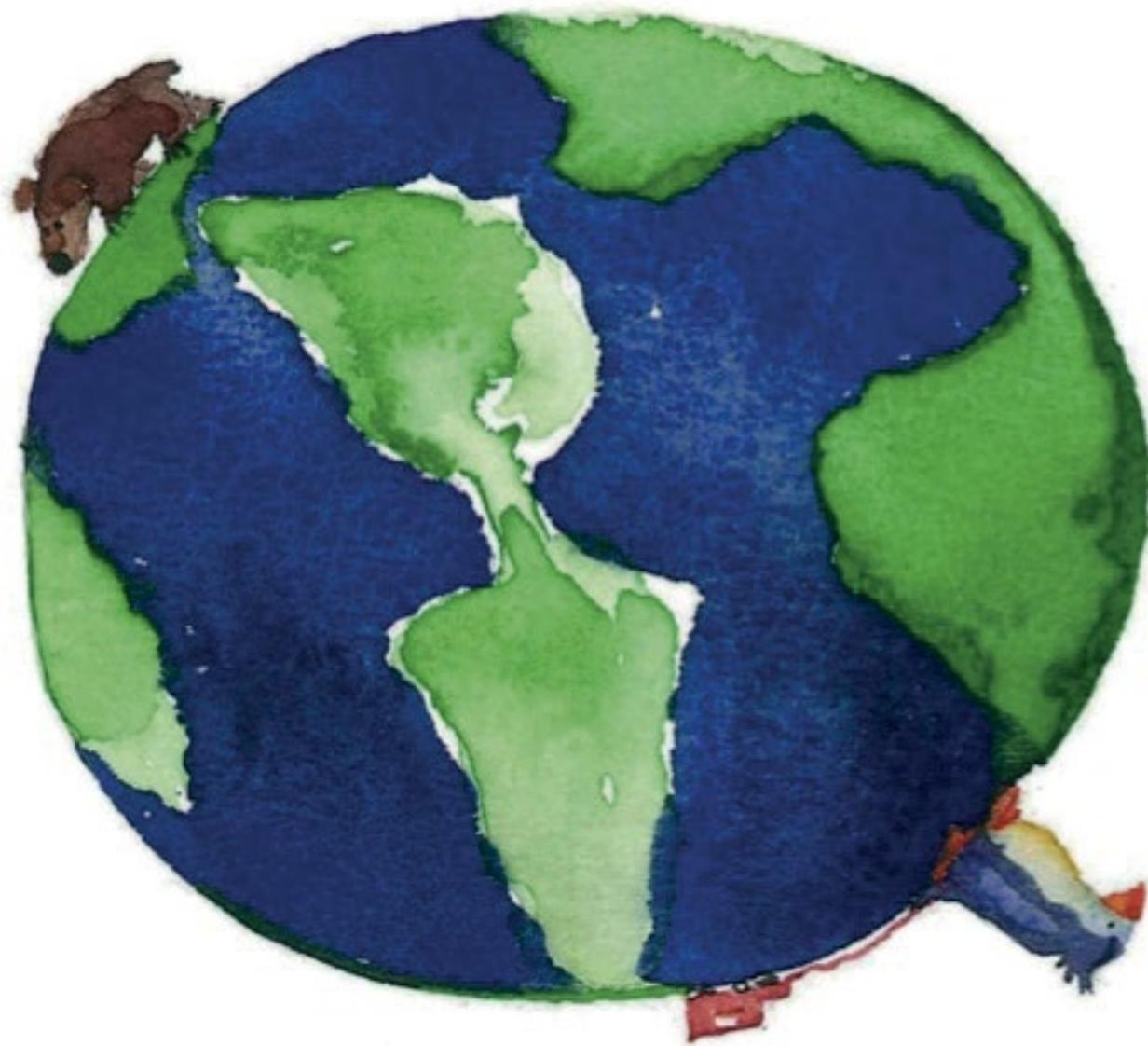
Hasta que un día Ana y los suyos también decidieron irse.

Fue una despedida muy dura, porque el abuelo se quiso quedar en su vieja casa, no se sentía con fuerzas para iniciar una nueva vida.



E igualmente casi siempre se quedaban con ella.





Las dos familias viajaron por varios días y llegaron, casualmente, a la misma ciudad.



Y encontraron que allí todo era diferente. En vez de ser de hielo, el piso era de cemento. Y las comidas eran como de otro mundo.

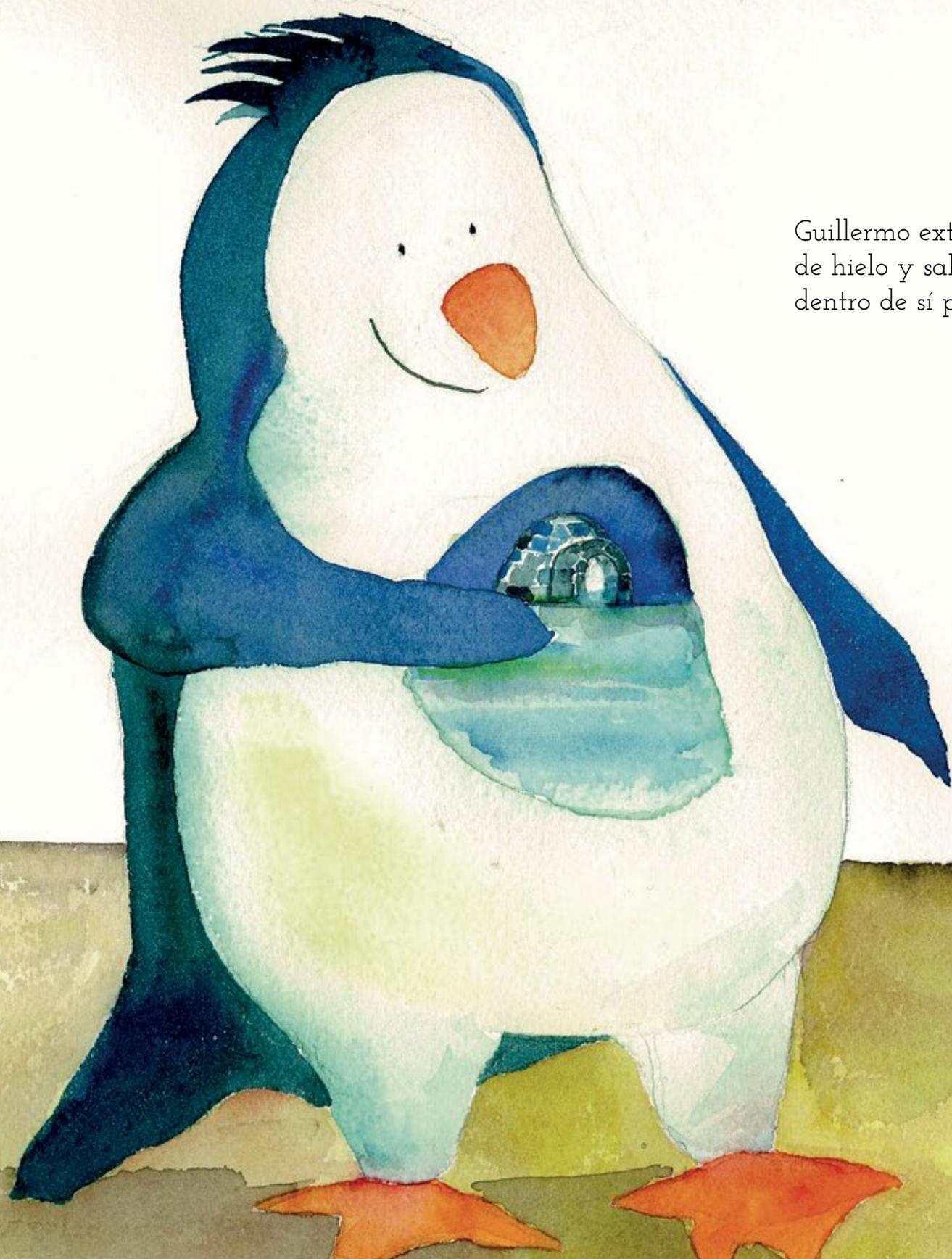
Al principio fue difícil, pero se fueron adaptando.

En el colegio, la profesora intentaba que Guillermo se sintiera a gusto, pero los otros niños lo miraban como si hubiera venido de otro planeta.



Y a Ana nadie la invitaba
a jugar en los recreos.



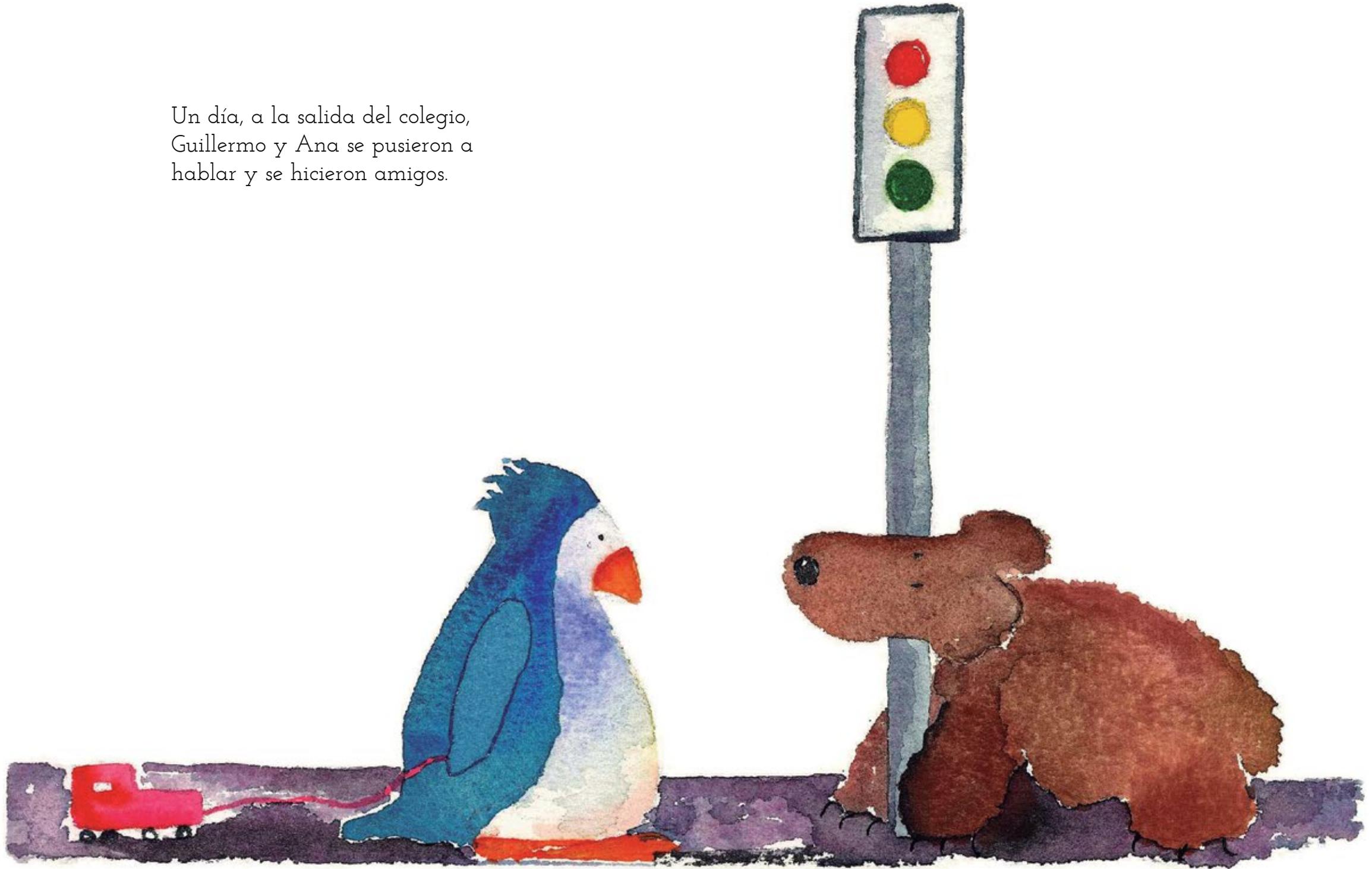


Guillermo extrañaba sus paisajes
de hielo y sabía que los llevaría
dentro de sí para siempre.

Ana también lo hacía. Miraba fotos de su pueblo en el norte y recordaba sobre todo a su abuelo, los cuentos que le contaba, las largas caminatas que daban por el bosque.



Un día, a la salida del colegio,
Guillermo y Ana se pusieron a
hablar y se hicieron amigos.



Conversaban, se reían y jugaban. Guillermo encontró por fin quién le diera ese abrazo que tanto estaba necesitando. Cuando él le hablaba de su pueblo y de la vida que echaba de menos, le parecía que Ana se crecía y podía envolverlo con sus brazos.



En clase, la profesora inventó un juego divertidísimo. A veces Guillermo, a veces Ana, pasaban adelante y contaban dos verdades y una mentira. Los otros niños debían adivinar cuál era la mentira.

En ocasiones eran historias tristes, pero en otras se reían hasta que les dolía la barriga, porque eran recuerdos o inventos muy chistosos. ¡Es un juego que podrías ensayar con tus amigos!



Por las tardes, cuando salían del colegio, Ana y Guillermo encontraban formas de pasar el tiempo que eran distintas a las de sus pueblos, pero que les encantaban.

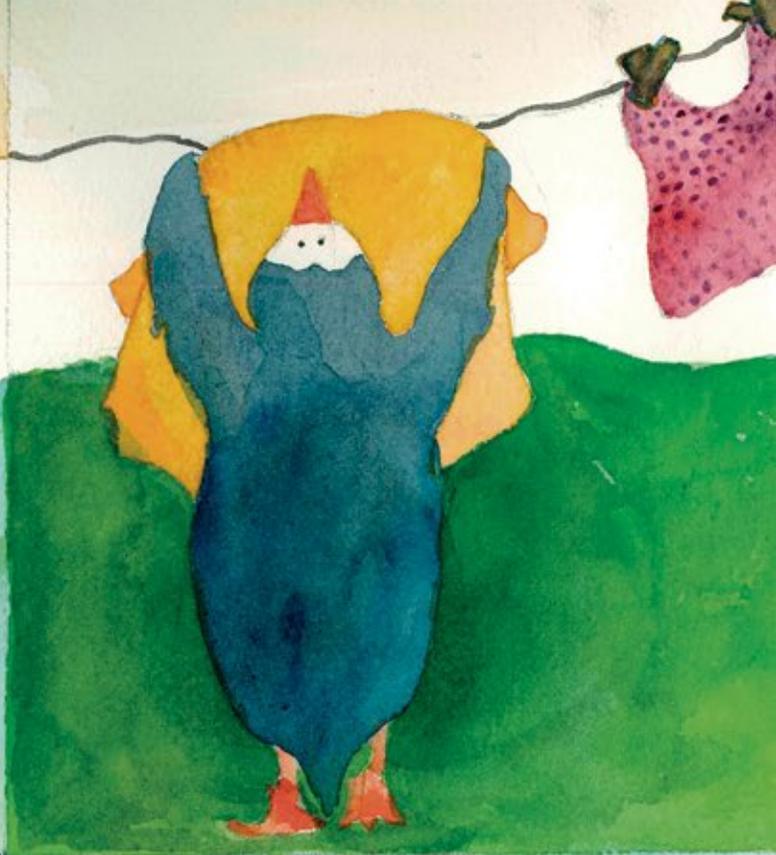


Un día, por ejemplo, posaron para un dibujante de cuentos infantiles que se había instalado en una acera.

Ellos estaban ya muy contentos en la ciudad, a pesar de que entendían que era injusto que hubieran tenido que salir de sus tierras. Ana hablaba con su abuelo los domingos, por teléfono, y le contaba todo lo que hacía. Él había prometido venir a visitarla.

Algunos de sus familiares y amigos decidieron devolverse y pudieron hacerlo, con la ayuda de otras comunidades.





Aquí y allá, otra vez en sus lugares de origen o en esta ciudad llena de sorpresas, con los recuerdos de lo que vivieron y creando otros distintos, empezaba una nueva mañana para todos.



PERFIL DE LA AUTORA

Beatriz Eugenia Vallejo Franco es periodista, con una Maestría en Ciencia Política y Relaciones Internacionales y un Doctorado en Estudios Políticos. Aunque le gusta mucho el mundo académico en el que se mueve, desde niña se ha sentido fascinada por la literatura, en especial por la literatura infantil. Ha escrito desde siempre, contando historias en diversos pedazos de papel y luego creando cuentos para sus hijas. De la misma manera que en su mano hay permanentemente un esfero, encima de su escritorio siempre han existido las acuarelas y los pinceles. Esto la llevó un día a pensar que podía escribir e ilustrar cuentos infantiles de manera más formal y empezó a publicarlos. Ha ilustrado libros para otros autores y ha publicado sus propias historias ilustradas. En este momento está trabajando en cuentos para niños colombianos que viven en las zonas donde el conflicto ha sido más intenso, para intentar acompañarlos en esa situación.

Su página web: www.apite.net

